

Atrapada en el hastío

Encarnación Gómez Valenzuela

Relato ganador del I Premio de Relato Corto Sierra Mágina.

Categoría Adultos.

Convocado por la Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina.

I

Cuando Lidia abrió los ojos, el sol estaba ya bastante alto, pero no se levantó, prefirió continuar algunos minutos más saboreando aquel dulce lecho y recordando la maravillosa noche de amor que había vivido. Era la imagen de la felicidad. Qué diferencia con la Lidia de unos meses atrás, siempre amargada, humillada y hastiada de la vida. A pesar de su juventud había actuado con sabiduría y cordura al venirse a vivir con Anselmo, era buena gente, la quería y podía disfrutar con él un trato de iguales, lo que en casa nunca era posible. Siempre tenía que someterse a otra voluntad distinta de la suya, esto le hacía rebelarse continuamente en su interior, pero no era capaz de exteriorizarlo por miedo a su padre. Su voz, autoritaria, amenazante y enérgica, la llenaba de pánico y rencor. Y lo peor de todo era que estos macabros sentimientos los proyectaba, inconscientemente, a su alrededor y le hacían actuar con displicencia y enojo en muchas ocasiones. Estas hostilidades rebotaban contra ella y la volvían a herir con gran saña. Estaba encerrada en un círculo vicioso difícil de soslayar.

Aquella desagradable experiencia tenía que sellarla con olvidos. Ahora vivía feliz con Anselmo, lo demás era agua pasada.

Sin querer, los recuerdos tristes volvían a su mente y le pareció oír la voz de su padre que, como una maldición, caía sobre ella. –¡Has de estar en casa antes de las diez! –Ella suplicaba llorosa– ¿Puedo quedarme con mi hermano, sólo esta noche que es fiesta? –Su respuesta era contundente.–No, las niñas tienen que volver a casa temprano–. Toda súplica era inútil. Desde muy joven había empezado a comprender que nunca podría ser feliz al lado de aquel tirano.

Ya desde pequeños, la educación para los dos hermanos había sido muy diferente: para ella, las muñecas, las casitas y todos los cacharros de éstas y para él, los balones, las canicas, los coches y las herramientas. En presencia de su padre nunca podían cambiárselos. Si

ella, llevada de la curiosidad infantil o del deseo de experimentar, cogía alguno de los juguetes de su hermano, enseguida su padre, como un energúmeno vociferaba: –¡Deja eso, machorra, y coge lo tuyo! – Ella, cohibida y frustrada, se reprimía y obedecía sin entender nada. Si por el contrario era su hermano el que miraba con ojos codiciosos los de ella – ¡Marica, que se te va a caer la cola!

Cuando la inquisidora mirada del padre dejaba de observarles, los niños, incitados por la prohibición y confabulados en una venganza hacia aquel déspota, infringían las normas, dictadas por quien adolecía de cualquier ínfimo conocimiento sobre psicología infantil. Con ávido deseo de nuevas experiencias en ámbitos prohibidos, intercambiaban los juguetes y aprendían a encontrar satisfacción y morbo en la desobediencia hacia un ser que sólo captaba las formas, lo externo, la piel, siendo totalmente incapaz de conocer los sentimientos, lo profundo, la esencia de las cosas. Con su peculiar forma de ser había amargado la vida de su familia. Su esposa había sido la primera víctima. Nunca, desde que se casara con él, había podido tomar ninguna decisión, ni había tenido la oportunidad de disponer las cosas en su casa. El dinero lo recibía en pequeñas cantidades para que no pudiera derrocharlo y siempre tenía que rendir cuentas y dar explicaciones de sus compras. Las relaciones entre los cónyuges habían estado basadas en la desigualdad por las excesivas intransigencias del machismo personificadas en su esposo.

Lidia, en ocasiones, había creído odiar a su madre culpándola de aquella sumisión insólita y degradante que manifestaba. Ahora, desde su nueva perspectiva, se mostraba más comprensiva, entendiendo que su conducta perseguía una finalidad: preservar la unidad familiar. Nunca se había opuesto a su marido; en su presencia aparecía taciturna, discreta y prudente, evitando prodigar a los niños excesivas muestras de cariño, pero en su ausencia, siempre había sido una madre dulce y tierna con sus hijos. Él, aunque no la veía actuar de este modo, lo presentía con esa astucia y malicia propia de las personas aviesas, y procedía a culparla de ello con sus recriminaciones:

–¡Estás malogrando a los niños! –Su mujer callaba. El silencio era la única baza de la cual disponía para hacerle frente.

Fueron transcurriendo los años y las huellas de la tiranía paterna iban aplastando cada vez más a Lidia. Cuando llegó la hora de continuar sus estudios en el instituto, su padre fue tajante: –Las niñas no tienen que estudiar. Son los hombres los que han de mantenerlas. –Y,

dirigiéndose a su esposa en tono hosco y autoritario, vociferó con prepotencia. –Enseña a la niña a ser una mujer de su casa para que el día de mañana sepa atender a su marido y a sus hijos. –A Lidia le hubiera gustado continuar sus estudios, lloró y rogó, mas no consiguió nada. El machismo agorero y sombrío no permitía a la mujer marcarse sus propios horizontes ni la dejaba levantar el vuelo. Estas libertades se reservaban para el hombre, el cabeza, el jefe... Ellas, en casa, sin poder rebasar las cuatro paredes. Poco importaba si valían o si no. La vida pública, para el hombre, para ellas, sólo lo privado...

Lidia, en estas tiránicas condiciones de vida, subsistía con gran dificultad. Se hundía poco a poco en arenas movedizas y no veía otra salida que el abandono de la casa paterna. Proyectaba continuas escapadas, pero, dada su juventud y su inexperiencia, era incapaz de secundarlas. Tenía miedo de enfrentarse al mundo con las manos vacías; sin embargo, lo que más le aterraba era que su padre mandara buscarla por las posibles represalias posteriores que pudiera adoptar contra ella. –Cuando cumpla los dieciocho años no me retendrá nada ni nadie.

En la discoteca conoció a un joven llamado Anselmo que había estudiado farmacia y trabajaba en un laboratorio, tenía veintiocho años. Era muy agradable y pronto se hicieron buenos amigos, después intimaron. Al cabo de unos meses se encontró embarazada. Cuando se lo comunicó y éste le propuso que se fuera a vivir a con él, no opuso la menor resistencia. Ahora no dejaba de alegrarse de su acertada decisión. Pensaban casarse antes de que naciera el niño.

Anselmo habitaba una vivienda tipo chalet rodeada de un pequeño jardín y ubicada en un barrio residencial de la ciudad, en compañía de su padre, un hombre maduro, bastante atractivo que gustaba vestir con elegancia y que regentaba una farmacia de su propiedad. Anselmo se parecía mucho físicamente a él y, a veces, en gestos y en forma de pensar también coincidían. Regio, más que su padre, parecía su hermano mayor. Sólo había entre ellos una diferencia de veintitrés años. Desde que el muchacho alcanzó la mayoría de edad, lo dejó decidir y escoger por sí mismo. Había demostrado ser un hombre tolerante y comprensivo, hacía varios años que había enviudado, desde entonces una asistenta se encargaba de las tareas domésticas. La presencia de Lidia pareció alegrar a Regio que la miraba con buenos ojos y la trataba con cariño, ella se sentía halagada con esta actitud y con las buenas relaciones que propiciaba. –Qué diferente de mi padre –pensaba.

Como hacía muy buen tiempo, Lidia y Anselmo habían programado para aquel fin de semana un viaje a la playa. Salieron el sábado a primera hora de la mañana. El joven se entregaba a la velocidad con gran ímpetu y vehemencia. Pisaba el acelerador a fondo, cambiaba de marcha con una habilidad y destreza increíbles, hablaba, bromeaba y reía olvidándose de que iba al volante. La gran temeridad con que conducía hizo que entrara demasiado fuerte en una curva, pisó el freno y perdió el control del vehículo. Se salieron de la carretera y cayeron por un terraplén, el coche dio varios tumbos. Ella salió despedida golpeándose contra el suelo, él permaneció dentro, inconsciente, ajeno a cualquier detalle del accidente.

II

Han pasado varios días desde el fatal desenlace. Lidia yace inmóvil, pálida y ahogada en desencantos, sobre una cama en el hospital, los ojos, húmedos y sombríos, fijos en el techo, la mirada, inexpresiva y apagada, perdida en el infinito. A consecuencia de los golpes ha perdido el feto, ha sufrido una fuerte hemorragia y le han tenido que practicar un legrado por lo que sufre dolores agudos en la matriz, está bajo el efecto de los calmantes. Anselmo salió ileso, sólo algunos rasguños y hematomas. Ha permanecido algún tiempo haciéndole compañía pero ha tenido que ausentarse para recuperar el trabajo retrasado.

Lidia se ha quedado sola y triste. Añora a su familia, a la que abandonó sin dar explicaciones y a la que ahora está necesitando. Recuerda la última vez que habló con su hermano, fue la noche que se escapó de casa. Se dirigió a él con prepotencia y descaro. –Me marcho, Raúl –le dijo –me voy a vivir con Anselmo, estoy harta de las intransigencias de papá y de que todos me subvaloréis y no me dejéis hacer nunca lo que quiero, deseo ser libre y no depender de nadie. –El joven se quedó cortado sin saber qué responder. Ahora le dolía el trato degradante que le deparó aquella noche. –Si pudiera verles a él y a mi madre –pensaba enredada en la nostalgia.

Al día siguiente, cuando volvió Anselmo, le comunicó el deseo de reencontrarse con su familia y entablar de nuevo relaciones con ella. –No la necesitas para nada ¿ya has olvidado lo mal que te trataron? –respondió agriamente. Ella permaneció en silencio cabizbaja y preocupada con los sufrimientos y limitaciones clavados en lo más

profundo de su corazón. Empezó a comprender que su compañero se parecía un poco a su padre y que era acaparador y egoísta. Aquella escena fue el preludio de una nueva etapa. Cuando le dieron el alta y volvió a casa, encontró un ambiente menos relajado que antes, notaba a Anselmo más distante y Regio iba a lo suyo. La asistenta los había dejado, según le dijeron sería una baja provisional, después comprobó que le habían mentido. Ella, que se encontraba delicada de salud, tuvo que encargarse de las faenas domésticas. –Bueno, al menos estaré ocupada –se decía intentando animarse. Pero a pesar de sus ocupaciones, la depresión y el aislamiento comenzaron a hacerle mella. Aquella situación de soledad, sin ninguna proyección al exterior, la hundía en el caos. En Anselmo encontraba muy poco apoyo, cada vez volvía más tarde alegando que tenía trabajo, pero ella presentía que había algo más. Poco a poco se fue sintiendo atrapada en el hastío y en las exigencias de los hombre a los que debía cuidar, pero jamás pronunció una queja. Se refugiaba en el silencio como su única arma eficaz. Sin caer del todo en la cuenta, estaba repitiendo el rol de su madre, del que tanto había renegado.

La actitud de indiferencia que mostraba Anselmo hacia ella la exasperaba, no había vuelto a mencionar el tema de la boda. –¿Habrás otra mujer? –se preguntaba desesperada. Con objeto de propiciar un acercamiento entre ellos le propuso trabajar por las tardes en el laboratorio con él, pero éste se opuso rotundamente, a cambio, le ofreció la posibilidad de ayudar a su padre en la farmacia. No muy convencida accedió, tenía que salir de la casa porque ésta había empezado a aplastarla entre sus muros y le apremiaba a buscar otros horizontes en los que realizarse. Necesitaba urgentemente respirar el aire de la calle para mitigar la sensación de esclavitud en que se veía inmersa.

El trabajo en la farmacia alivió sus desazones y le permitió de alguna forma la proyección en otras tareas distintas de las del hogar. Las relaciones entre la pareja seguían enfriándose día a día.

Una tarde, al salir de la farmacia, en ese afán de salvar lo insalvable, decidió personarse en el laboratorio, recoger a Anselmo y salir a dar una vuelta juntos. Cuando llegó, ya se habían marchado todos los empleados menos él y Silvana, una compañera suya. Por la expresión de contrariedad que advirtió en sus rostros, le pareció que había truncado algún plan. –¿Por qué has venido sin avisar? –incurrió Anselmo con desagrado. –Poco más y no me coges aquí, además, esta visita sobra. –Con sus palabras corroboró las sospechas que Lidia,

como una cruel corazonada, había presentido, de ahí el motivo de su enojo. Quiso decir: –¡Lo sabía, lo sabía! Hay otra mujer, me estás sustituyendo y yo te quiero demasiado. –Pero otra vez se alió con el silencio y la sumisión en ese continuo y vehemente deseo de sacar a flote su amor; sin embargo éste hacía demasiadas aguas, se encontraba a punto de perecer en el naufragio. Todas las ilusiones que ella había puesto en esta unión se estaban esfumando. Cuando dejó la casa paterna, pensó que cambiaba el horror y la desventura por la felicidad, la tiranía por el amor y la coacción por la libertad, pero ahora comprendía que no había tanta diferencia, porque los contornos que encerraban los conceptos y las definiciones de los términos opuestos comenzaban a desdibujarse y se acercaban las distancias. Aquel paraíso que había gozado al principio en los brazos de Anselmo, se le estaba escapando como se escapa la luz cuando el espacio es invadido por las tinieblas. Pero no estaba dispuesta a darse por vencida, quizá, todavía, no estuviera todo perdido.

En algunas ocasiones, Anselmo salía de viaje por los pueblos y aldeas de los alrededores para repartir medicamentos, Lidia deseaba acompañarlo pero nunca había podido hacerlo, ni él se había mostrado deseoso de ser acompañado por ella, solía poner inconvenientes y obstáculos. Un viernes, por la noche, le anunció que al día siguiente realizaría uno de estos viajes y que permanecería ausente toda la jornada, ella, deseosa de reforzar lazos quizá ya desanudados irremisiblemente, le dijo que quería acompañarlo. Por motivos desconocidos él no se opuso, en esta ocasión accedió.

Partieron temprano, pasaron toda la mañana recorriendo pueblos y aldeas, visitando almacenes y farmacias, repartiendo unos medicamentos y recogiendo otros. Comieron en un restaurante de ruta. Anselmo, sombrío y ensimismado en sus cavilaciones, parecía inquieto y preocupado por algo, apenas si hablaba, se limitaba a responder de forma escueta a las preguntas que ella le formulaba. –¿Te ocurre algo? –Le preguntó ansiosa por acercarse a él. –¿Qué me va a ocurrir? son agobios por el exceso de trabajo y estrés. Estoy deseando llegar a casa para descansar. –respondió en un tono apagado. Lidia no quiso insistir para indagar sobre el origen de tales agobios por no exasperarlo, se limitó a añadir: –Aún nos quedan paquetes por entregar. –Sin mirarla siquiera, enfrascado a tope en sus asuntos, hizo ademanes de levantarse asintiendo con la cabeza. –Sí, habrá que apremiar para acabar cuanto antes. ¡Vamos!

Salieron decididos a reemprender el viaje. Cuando subieron al coche dijo ella: –Se me ha olvidado ir al baño, tengo que volver. –La miró visiblemente contrariado y, con palabras desabridas y concluyentes, respondió: –¡No habrás podido ir antes! –Nerviosa, buscaba su bolso pero no lo encontraba. –¿Has visto mi bolso? –En el rostro de Anselmo iba tomando cuerpo la contrariedad y vociferó con furia: – ¡Ahí detrás está! ¡A ver si te lo dejas ahora! –Lidia lo cogió y salió disparada. Corría, con los ojos húmedos intentando controlar las lágrimas, al entrar en el servicio, dio rienda suelta a su pena. –¿Qué le habré hecho yo para que me trate de ese modo? – pensaba entristecida. –Al salir del restaurante se detuvo en seco sin saber qué debía hacer. Había mirado hacia donde estaba el coche y vio a Anselmo fuera haciéndole con la mano disimulados, pero evidentes, signos de alto. Quedó inmóvil en la puerta. Pudo observar cómo dos policías registraban el coche. Expectante, continuó mirándolo a la espera de nuevas órdenes. Al interpretar los gestos que solapadamente volvía a ejecutar, le pareció entender que debía alejarse y no acercarse a él.

Entró de nuevo en el restaurante, La incertidumbre y el desasosiego la estaban devorando. No habían pasado diez minutos cuando entró Anselmo, su rostro reflejaba un miedo reprimido. La cogió del brazo con gesto hosco y ambos salieron sin cruzar palabra. Una vez en el coche, ella, tímidamente, preguntó: –¿Qué ha pasado? –Con expresión de rabia y displicencia, totalmente encolerizado gritó: –¿Es que no lo has visto? ¡un registro! –Lidia se mordió los labios, se tragó las lágrimas y la saliva intentando no exteriorizar su pesar y se alió con el silencio al que no defraudó en el resto del viaje. Fue secundada por Anselmo que trataba de apagar su furia en los pedales del coche, el acelerador y el freno sufrían excesos de presión. Lidia recordó el accidente y se estremeció, tensó todos sus músculos y no se distendió hasta que entraron en la ciudad. Por miedo a tener problemas con la policía, Anselmo redujo la velocidad, parecía algo calmado. Al llegar, Lidia buscó las llaves de la casa en su bolso y con gran celeridad abandonó el coche en solitario.

III

Cuando entró Anselmo en el dormitorio la encontró tumbada en la cama, boca abajo, tratando de encontrarle explicación lógica a la actitud que había tenido con ella: primero, de indiferencia y después,

de hostilidad. Se aferraba ingenuamente a la idea de que tenía problemas, que le había contrariado el registro y que estaba pasando una mala racha. No lo culpaba de nada, el gran amor, no correspondido, que sentía por él, sabía perdonarlo todo. No levantó la cabeza para mirarlo, lo observaba de soslayo, lo vio coger su bolso y buscar algo dentro, revolvía nervioso y parecía que sus pesquisas no tenían éxito porque su enojo iba en aumento. –¿Dónde está? Lo puse aquí ¡maldita sea! –En un arrebato de ira vació el contenido del bolso sobre la cama sin dejar de murmurar entre dientes. –¿Se puede saber qué buscas con tanto interés? –preguntó Lidia en un tono que jamás había usado con él. Pero Anselmo no tenía el ánimo como para captar matices de tonalidad, con gran desesperación y apremio respondió: –Metí en tu bolso un pequeño envoltorio que me dieron para llevarlo al laboratorio y ahora no está. ¿Dónde lo has echado? –¿Yo?... ¡Ah, sí! Al coger las llaves encontré un paquetito que no pude identificar, estuve a punto de abrirlo, pero pensé que sería tuyo y lo dejé en la guantera del coche. – Con evidentes rasgos de alivio dibujados en el rostro, añadió con la misma aspereza –¡Podías haberlo dicho! –No esperó réplica, salió corriendo como alma en pena en pos de la redención, como si de aquel asunto dependiera su vida. Lidia lo oyó descender por la escalera, abrir la puerta de fuera y salir. –¿Qué se traerá entre manos con tanta carrera? ¿Qué será ese dichoso paquete?

Con obvia satisfacción pero con gran nerviosismo, volvió apretándolo entre sus manos, no era más grande que una cajetilla de tabaco, pero tenía un peso excesivo en relación con su volumen. Sacó su maletín del armario y, con mucho cuidado, lo guardó dentro, camuflándolo entre los papeles, enganizó las cintas elásticas, después de comprobar que iba seguro lo cerró despacio y borró la clave haciendo girar las ruedecillas. Vaciló un momento un tanto desorientado, pareció que iba a decir algo significativo que le aclarara las cosas a Lidia, pero no fue así, siendo el maletín con energía, envuelto en un halo de excitación e inquietud dijo: –Tengo que irme, volveré en cuanto pueda, posiblemente habrá que trabajar esta noche. – Con mirada incrédula y con expresión de circunstancias, Lidia asintió. –¿Cenarás en casa? –preguntó tímidamente. –No lo sé –respondió sin mirarla –si llega la hora y no he venido, comed vosotros.

Transcurría el tiempo y Anselmo no aparecía, Lidia quiso retirarse aduciendo que no tenía apetito pero Regio la disuadió.– No te acuestes y come algo, quizá mientras nosotros cenamos vuelva. –

Mintió, sabía que no volvería hasta altas horas de la madrugada o tal vez con las primeras luces del alba. A ella la idea de que volviera pronto le pareció una buena causa para quedarse y accedió. Regio, con el propósito de favorecer el acercamiento entre ambos, se había arreglado con la elegancia y el buen gusto que lo caracterizaba y que atraía tanto a las mujeres e hizo acopio de todos sus buenos modales mostrándose solícito y complaciente. Lo dispusieron todo para comer colocando sobre la mesa tres cubiertos. Las cenas en aquella casa solían ser ligeras, fiambres, ensaladas, frutas y poco más. Aquella noche Regio añadió mariscos, que eran del agrado de Lidia, acompañados de un buen vino blanco. –¿Quieres otra copa? –preguntaba antes de servir la suya. –Sólo un poco, no estoy acostumbrada a beber. –Preocupada por la tardanza de Anselmo y apesadumbrada por los problemas en que pudiera estar metido y por los sucesos incoherentes y desagradables del día, permanecía al margen, sin vislumbrar lo extraño e insólito de la situación.

Al acabar la cena, no la dejó recoger la mesa, lo hizo él mismo con gran diligencia, después sirvió unas copas de cava y unos bombones, que eran la debilidad de Lidia, comportándose en todo momento muy condescendiente y agradable. Fue entonces cuando la joven comenzó a notar que le prodigaba una excesiva amabilidad y le pareció que intentaba conquistar territorios prohibidos. A ella, por el contrario, no le apetecía dejarse llevar por el galanteo e intentaba mostrarse lejana y fría sin dar pie a las tentativas de Regio. Agobiada por tantas atenciones y desvelos, decidió retirarse a descansar.

No hubiera podido precisar la hora en que llegó Anselmo porque estaba sumida en un envoltivo sopor que no la dejaba abrir los ojos, pero notó el suave roce de su cálido cuerpo. Sintió sus ágiles manos, a modo de pájaros, revolotear con ávido deseo explorador, recorriendo sus intrincadas selvas y pudo percibir el agradable perfume que emitía su fornido cuerpo varonil regado por una nueva fragancia que embriagaba los sentidos de placeres ignotos. Juntos vibraron al ritmo de la pasión con el ardor de los primeros meses. Sus jadeos, al unísono, se confundieron entre sus bocas semi abiertas, con el latir de la noche. La amó varias veces, la poseyó sin reservas y ella, dócil y sumisa, se entregó sin reticencias, en la oscuridad de su vista velada por el sueño, a aquella inesperada e inaudita noche de amor. Después llegó la calma potenciada por el deseo satisfecho. Abrazados estrechamente, con los muslos entrecruzados, descansaron la loca pasión y

los fogosos ardores en la cálida penumbra de aquella acogedora habitación débilmente iluminada por la tenue luz de una lamparita. Aquella noche se rompió la maldición del hastío, la lejanía y la frialdad. Ante un amor tan exuberante, ella perdonó los abandonos, las tardanzas, las mentiras, las medias verdades y todo. Ante aquel latido de vida y pasión tan poderoso, las menudencias se desdibujaban.

Pasadas unas horas, el hechizo de la noche comenzó a resentirse quebrando los cristales de la dicha. Lidia se despertó con una profunda angustia desgarrándole las entrañas, todo le daba vueltas, la cabeza le iba a estallar, el estómago se le revolvía intranquilo y en su boca bullía el sabor agrio del aloe. Anselmo yacía de espaldas a ella durmiendo plácidamente, no quiso despertarlo. De pronto, le pareció que tenía un volcán en su interior. Las náuseas se apoderaron de su ser y el volcán entró en erupción. Tuvo que apretar los labios, saltar de la cama y correr hacia el baño para no sembrar el suelo que pisaba de la pastosa y blanquecina lava que ascendía por su garganta con la furia de un huracán y que ella no podía controlar. Arrodillada delante del W.C., vomitó sin medida, estuvo a punto de caer desmayada.. Se encontraba exhausta. Perdió el concepto del tiempo, pero resistió hasta recuperar las fuerzas necesarias para volver al dormitorio. Anselmo no estaba en la cama, pensó que se habría ausentado por alguna necesidad. Le extrañó que una vez despierto no hubiera ido en su busca, pero recordó que el amor les había salvado esa noche y no iba a empañarlo ahora con turbios pensamientos. Se acostó con la serena codicia de solazar su cuerpo en el lecho que un rato antes la había llenado de vida y le había devuelto la esperanza. Aprovechó la huella templada y el cálido aroma que Anselmo había dejado sobre las sábanas. Cerró los ojos y al cabo de unos minutos se calmó en parte el desconuelo que sentía en su estómago y el maremoto que se agitaba en su cabeza. No pudo conseguir el regalo, ansiosamente apetecido, de un sueño reparador, pero descansó. En este estado de duermevela oyó llegar de nuevo a Anselmo, escuchó sus enérgicas pisadas en el pasillo, el ruido de la cisterna y el leve chirrido de la puerta del dormitorio. Abrió los ojos para contemplarlo y pudo ver cómo se desnudaba. No entendió que se hubiera vestido con todo detalle para moverse en casa. Con el candente recuerdo de la hermosa noche de amor desbordándose por su cuerpo y revestida de dulzura preguntó: –¿De dónde vienes, cariño? ¿Por qué no has ido a buscarme? Me he puesto muy enferma y estaba en el baño esperándote. –Con aspereza y evidentes muestras de can-

sancio, respondió: –Vengo del laboratorio, donde he permanecido trabajando toda la noche y ahora acabo de salir del baño y tú no estabas allí. No tengo ganas de jugar a detectives. Déjame descansar. –Haciendo acopio de las pocas fuerzas de que disponía se incorporó y, visiblemente alterada, añadió: –¿Pero qué dices? Si volviste hace ya hace un buen rato y nos hemos estado amando con el ardor y la pasión de las primeras veces. Has sido un amante perfecto. No me gastes bromas pesadas. –Totalmente exasperado, con un grito ronco, vociferó: –Que me dejes en paz, que estoy muy cansado y no tengo ganas de escuchar tus locos sueños. –Quedó perpleja y desorientada, no sabía qué hacer ni qué pensar. Los remolinos de su cabeza comenzaron a girar con una macabra y cruel virulencia.

El día había empezado a rayar en claridades, la suave luz blanca que se colaba por las rendijas de la persiana, así lo atestiguaba. Lidia se revolvía en la cama con desesperación y coraje. –¿Habría dicho Anselmo la verdad en esta ocasión? –Necesitaba averiguarlo aunque sucumbiera en el intento, pero debía hacerlo a hurtadillas. Era un tema bastante repugnante para ella. Acercándose a él, con cuidado para que no se despertara y tratando de estimular y afinar el olfato, aspiró el olor que desprendía su cuerpo, era el mismo de siempre, mezclado con otros olores menos agradables de tabaco, sudor y ambiente, sin rastro del aroma que ella había percibido cuando hacían el amor. Una repulsiva y sórdida sospecha comenzó a nublarle la mente. Regio, la noche anterior, tan solícito, tan galante, tan seductor... debió de haberle dado alguna droga disuelta en el vino para provocarle aquel sopor que la había hecho dormir profundamente y que consiguió que lo confundiera con su hijo, dado el gran parecido que existía entre ambos en estatura, talla, vigor y en todo. El timbre de su voz sí era diferente, pero el muy ladino no se dignó pronunciar palabra. Como a ella le pesaban tanto los párpados por efecto del narcótico supuestamente ingerido, al no captar ningún indicio de engaño, no se esforzó por abrir los ojos y, confiada, se dejó hacer. De esta forma tan ruin él había conseguido sus bajos e impúdicos propósitos. La maravillosa noche de amor no la había vivido con el hombre que amaba, sino con un impostor. Este pensamiento la hacía enajenarse de dolor. En su boca se entremezclaban en una angustiosa y nefasta amalgama el sabor dulce de la miel de unas intrusas caricias robadas sin violencia y el amargo del acíbar de su propio vómito anterior, produciéndole una fuerte acidez letal. El fantasma de la desesperación emprendió su danza extravagante y sádi-

ca. Recordó los somníferos con los que mitigaba sus noches de insomnio y, en un intento de librarse de las pesadillas, se levantó, abrió el cajón de la mesita... ¡allí estaban!... sólo había tres. Se los echó a la boca y corrió a beber agua. Volvió enseguida con las pupilas encendidas por el brillo de la alucinación. Se metió en la cama y se acercó a Anselmo para gozar del cálido contacto de su cuerpo por última vez. Con las yemas de los dedos, derrochando infinita ternura, recorrió aquellos contornos tan queridos para ella y comenzó a dibujar suavemente círculos, arcos y motivos florales por el valle de su piel. En el momento que comprendió que el sueño intentaba trasladarla a otras dimensiones, inició el trazado de una espiral que giraba sobre sí misma desde fuera hacia adentro, que acababa en un punto negro y que conducía a las profundidades del abismo. Se estiró, colocó los brazos a lo largo del cuerpo y cerró los ojos despacio, con el pertinaz deseo de emprender un largo viaje noctámbulo por las tinieblas... y no volver nunca más a este mundo que tan vilmente se había ensañado con ella.

IV

Sumergida en las profundidades y enquistada en aquel patético sueño, no oyó el timbre que, reiteradamente, sonó con insistencia el domingo a media tarde. Los golpes posteriores en la puerta y las voces los percibía como ruidos grotescos y lejanos, ajenos a ella, como gritos de ultratumba, que sonaban y volvían a sonar aliados con un eco que iba, poco a poco, atenuándolos y dispersándolos en un espacio sin fronteras. Después se fueron haciendo más intensos y cercanos, increpándola y ordenándole que se levantara. Con el rostro demacrado, el pelo revuelto, los ojos a medio abrir, los brazos extendidos hacia adelante, el paso corto y vacilante y la imagen de la muerte reflejada en los labios, como una sonámbula, recorrió el pasillo. No hubiera podido descender por la escalera para abrir. No fue necesario, el comisario de policía y sus dos ayudantes ya habían entrado en la casa, después de forzar la puerta. Al verla en aquella deprimente situación, con voz enérgica, le mandaron detenerse. Ella, dominada por la inconsciencia y la abulia, al oír las órdenes de alto, se detuvo unos instantes aturdida; después, movida por un impulso interior descontrolado, comenzó de nuevo a caminar con un itinerario definido por el subconsciente. Giraba como una marioneta, ajena al dominio de sus movimientos, describiendo una espiral desde dentro hacia fuera, con el contumaz

designio, proyectado por el destino, de salir de un abismo lesivo y tétrico en el que había estado sepultada al margen del tiempo.

Los tres hombres, tratando de salvarla de una caída por la escalera que, posiblemente, dado el deplorable estado en que se encontraba, hubiera sido mortal, corrieron para socorrerla. y trataron de reanimarla. Fue reaccionando poco a poco.

Mientras el comisario la interrogaba, sus ayudantes registraron la casa. Parecían buscar algo con gran interés y celo. No encontraron nada significativo. Lidia recordó el viaje del día anterior, el paquetito oculto en su bolso, a Anselmo que se había marchado llevándose y que había pasado casi toda la noche fuera, a Regio intentando seducirla y, posteriormente, usurpando el puesto de su hijo con malas artes, pero no dijo nada. Sólo pudieron sacarle que había ingerido barbitúricos y que había permanecido mucho tiempo durmiendo, evitó mencionar la hora de la ingesta y los agentes creyeron que fue la noche anterior. La exhortaron para que no volviera a caer en aquella trampa letal y ella, arrepentida, hizo el propósito de no dejarse embaucar por necias evasiones y aprender a plantarle cara a la vida. Preguntó qué estaba pasando, le dijeron que no podían hablar todavía, que pronto saldría todo a la luz, mientras tanto, ella debía permanecer alerta. Un agente quedaría vigilando la casa desde fuera, pero esto se lo ocultaron para no alarmarla. Cuando se marcharon, se encontraba más tranquila, pero la curiosidad sobre lo que pudiera estar pasando le roía las entrañas y la sospecha, cercana a la certidumbre de haber sido amante involuntaria de aquel advenedizo, le quemaba las vísceras.

Como había comprobado que estaba sola en casa, acuciada por el anhelo de verificar sus presentimientos, subió a las habitaciones de Regio y buscó con avidez pruebas certeras que delataran al usurpador. En una repisa del baño estaban colocados, con gran minucia, los botes de lociones, colonias y masajes, los fue abriendo uno a uno y aspirando sus fragancias. Ninguno le resultó conocido. Ya iba a desistir de sus intentos de búsqueda cuando, en otra repisa superior, observó una caja dorada con un epígrafe en letras plateadas en el que podía leerse: "Seducción", la alcanzó con impulso indagador, la abrió y pudo contemplar un precioso frasco de tonos violáceos con formas onduladas simulando un cuerpo femenino y escultural, lo destapó con cuidado, se lo acercó lentamente y... allí estaba la prueba. Aquel perfume era el que ella había percibido la noche anterior en el cuerpo de aquel hombre lascivo y embaucador. Ya se habían disipado todas las dudas. Con

fuerza, coraje y rabia tiró el frasco al suelo que se rompió en mil añicos derramándose su contenido por la estancia e inundando el ambiente de un olor que ella, desde este momento, detestaba.

Esta inocua venganza, dirigida hacia un infractor que iba a quedar impune de su delito, la hizo sentirse un poco más aliviada, como si aquella nimiedad deshiciera el maleficio de la violación y pudiera satisfacer su ardiente deseo de hacer justicia y remediar su vacío interior. La inquietud bailaba en su corazón al son de una melodía enajenada, desconcertante y adusta, encerrándola en una angustiosa y dañina desorientación. Los interrogantes sobre cómo actuar a partir del momento presente se le arremolinaban en su mente. Ya no quería seguir viviendo bajo el mismo techo que Regio, no deseaba estar cerca de un hombre de su calaña, pero...¿cómo plantárselo a Anselmo? Sólo el hecho de pensar que él supiera lo que ocurrió le producía pánico y pudor, pero era de vital importancia que conociera la verdad, seguro que comprendería que ella era inocente. No se explicaba el por qué de su prolongada ausencia, ni sabía cuándo se habría marchado, ni dónde se encontraría mientras ella permanecía enzarzada en una soledad apremiante, necesitando más que nunca su compañía para evitar el naufragio en mares tempestuosos. Temía que estuviera inmerso en problemas de droga porque aquel dichoso paquete y el interés que suscitó en la policía su actividad de la noche anterior así parecían testificarlo.

Salió de las habitaciones de Regio y se dirigió, despacio y pensativa a su dormitorio, entonces oyó un golpe similar a un chasquido suave producido en una superficie delgada y, posteriormente, ruido de cristales que se rompían al caer al suelo, aguantó la respiración para así captar con mayor nitidez cualquier sonido extraño y le pareció que alguien, amortiguando los pasos, subía por la escalera. Se detuvo, inquieta y expectante, sin atreverse a exhalar el aliento y, volviendo la cabeza hacia atrás, atisbó una silueta conocida en la desangelada penumbra del pasillo que identificó, sin lugar a dudas, con Anselmo, éste, al vislumbrarla, aligeró los pasos. Lidia abandonó sus miedos y respiró tranquila y, olvidando los desdenes, los silencios, las mentiras y las argucias, celebrando su permanencia entre los vivos y abriendo su corazón al amor, le tendió los brazos en un gesto de ternura. Tras un instante de estupor y silencio, Anselmo se acercó a ella con una expresión torva y esquiva difícil de describir. La enganchó del pelo clavándole las uñas en el cuero cabelludo, como si fueran garfios afi-

lados y, a modo de hostiles aristas de una pirámide de dolor, la herían desgarrándole la piel mientras, con ciego enojo y voz encolerizada, apretando la mandíbula, invadido por un odio corrosivo, execraba desesperado: –¡Maldita seas, puta, traidora! ¿qué le has contado a la policía? ¡vas a pagar cara tu traición! –Ella, con la voz quebrada por el llanto, entre sollozos, susurraba aterrada: –¡Yo no dije nada, no te he traicionado!... –Él no la escuchaba, lanzaba imprecaciones sin cesar, instigado por una necesidad vital de vomitar insultos, proyectando en una inocente sus maldades, como si de esta forma pudiera liberar parte de sus culpas y fracasos. Tiraba de ella con la fuerza de un caballo desbocado, como un huracán de crueldad que, a su paso, lo devastaba todo, obligándola a caminar tras de sí a rastras. La condujo al dormitorio y la arrojó con fuerza y encono sobre la cama. Ella se deshacía en un mar de lágrimas, sin comprender el degradante y ruin trato que le estaba deparando el hombre que tanto amaba, sin tener ningún motivo.

Se oía un atolondrado abrir y cerrar de cajones y un descontrolado revolver de objetos, parecía buscar algo a la desesperada. Con la respiración febrilmente acelerada y resoplando con rabia cuando expulsaba el aliento, al estilo de una fiera enjaulada a la que están provocando, se acercó a ella de nuevo. Invadido por la saña anterior en escala creciente, la cogió por un brazo, presionándolo con energía bestial, la arrastró y la obligó a echarse a los pies de la cama donde la amarró con una cuerda y después la amordazó. Sacando un encendedor de su bolsillo prendió las cortinas y la cama y huyó despavorido, totalmente fuera de control, condenando así a una víctima, libre de culpabilidad, a morir de una forma despiadada y cruel, sin el menor indicio de remordimiento.

EPÍLOGO

Han transcurrido varios días desde que sucediera aquel trágico incendio, provocado para devorar la vida, para sumir palpito en quietud y muerte, para abrasar las entrañas de la ilusión. En la U.C.I. de un hospital, débilmente iluminada por la incipiente luz de los pilotos yace Lidia, inerte, sedada, con respiración asistida, con el suero conectado... Sus ojos cerrados recorren de nuevo las sinuosas estancias abismales. Afortunadamente parece haber encontrado la salida de aquel enrevesado laberinto tomando el camino correcto y dejándolo atrás con pasos cortos, pero seguros, pisando terreno sólido. La policía avi-

só a su familia y van a visitarla muy a menudo, aunque ella todavía no ha tenido conciencia de tales visitas, al menos en el ámbito de la realidad tangible. En el mundo del subconsciente, estos apoyos le han dado luz para vislumbrar el camino correcto, aliento para encender su pecho y óleo para curar sus heridas. Incluso su padre, tan puesto siempre en su papel de cabeza de familia y de defensor del honor familiar, ha claudicado de su orgullo machista en favor de su hija. Ahora, ante el miedo de perderla definitivamente a tan temprana edad, reniega de su comportamiento anterior que la forzó a abandonar el hogar y a marcharse con el primero que le tendió la mano, en este caso, insidiosamente. Su madre permanece noche y día a su lado, experimentando cualquier pequeño avance en la recuperación de su hija como un éxito personal.

Gracias a la vigilancia policial montada ante la casa donde se encontraba Lidia, pudieron llegar a tiempo de salvarla. Las llamas, por décimas de segundo, no la atraparon entre sus destructivas y mortíferas lenguas, pero los humos, más astutos y sagaces, inundaron el organismo de la infeliz con su negro, incesante y expansivo fluir de tinieblas. Inhaló demasiados gases nocivos y sufrió una fuerte intoxicación, presentando graves síntomas de asfixia. Los gases tóxicos, así como la ingratitud y el desamor han estado a punto de trasladarla a otras latitudes, al reino de las sombras, al país de los abandonos y los olvidos, donde ya nadie puede dañar a sus semejantes.

Anselmo y su padre han sido detenidos y han pasado a disposición judicial acusados de tráfico de estupefacientes y de fabricación clandestina de drogas de diseño. Anselmo, además, ha sido acusado de intento de asesinato y de pirómano. Fue apresado la misma noche que provocó el incendio con el propósito de que Lidia muriera y no pudiera delatarlo. Va a recibir su justo castigo después de varios años de delitos e infracciones. Ella va a encontrar la paz y la tranquilidad, lejos de él, cuando recupere la salud.

Han seguido transcurriendo los días. En una habitación del hospital, Lidia, sentada sobre su cama, se va recuperando despacio. Los médicos esperan que no le queden secuelas. Ya respira casi sin dificultad. Su madre la ha puesto al tanto de todo lo sucedido acerca del incendio y de la suerte que han corrido Anselmo y su padre.

Pero los errores del pasado eran difíciles de olvidar. El chantaje de la felicidad se le había clavado en el alma. El tiempo de amor que disfrutó junto a Anselmo había sido un espejismo, posiblemente él

no la quiso nunca, sólo se aprovechó de ella, de su juventud, de su inocencia, de su cuerpo, y Lidia, ignorándolo, se aferró a él como a una tabla de salvación. Había tenido los ojos vendados. Ahora había descubierto que Anselmo sólo se amaba a sí mismo. Era la clara imagen de la crueldad llevada a sus máximos extremos de abyección y vileza, al atreverse incluso al asesinato de su compañera.

Los meses que había vivido al lado de aquellos seres inmundos habían sido una experiencia indeleble de la que había que sacar el máximo partido a la hora de plantearse el futuro. No volvería a actuar jamás con la misma inconsciencia. Los cuchillos machistas no volverían a herirla.

De sus experiencias sacó la conclusión de que las mujeres, cuando son maltratadas, no pueden callar, tienen que denunciar a sus agresores y no retirar sus denuncias bajo ninguna coacción, porque, de lo contrario, volverían a ser blanco fácil para la humillación, la agresión y la perversidad de unos hombres sin escrúpulos. Han de buscar apoyo en organizaciones que las protejan, tienen que asociarse para salvaguardar sus derechos y caminar por la vida con la cabeza alta, orgullosas de su condición, conociendo su destino y sabiendo que pueden y deben proyectarse sobre el mundo para mejorarlo en la medida de sus posibilidades.